

na de sus camaradas. No pudiendo permanecer por mas tiempo en la incertidumbre, ni siéndoles tampoco posible mantenerse en aquel sitio, Gonzalo y sus hambrientos soldados, determinaron seguir adelante hasta encontrar la confluencia de los dos rios. Dos meses tardaron en llegar al término de este terrible viaje (dos meses tardaron los que no perecieron en el camino) aunque la distancia no era probablemente mayor de doscientas leguas; y al cabo de este tiempo llegaron al punto tan deseado, donde el Napo desemboca en el rio de las Amazonas, rio el mas magestuoso de los de América, y que alimentado por mil tributarios corre hácia el Océano en un espacio de centenares de millas por el centro del gran continente.

Pero no hallaron noticia alguna de Orellana, y el país, aunque mas populoso que el que acababan de atravesar, presentaba el mismo aspecto desconsolador, y estaba abatido por una raza de indios aun mas feroz. Abandonaron pues la esperanza de recobrar á sus compañeros, suponiendo que habian perecido de hambre ó á manos de los indios. Al fin se disiparon sus dudas con la aparicion de un blanco que vagaba medio desnudo por los bosques, y en cuyo descarnado semblante reconocieron las facciones de uno de sus compatriotas, llamado Sanchez de Vargas, caballero de ilustre linaje, y muy estimado en el ejército. Este tenia que referir una historia lamentable.

Orellana, impelido por la rápida corriente del Napo, habia llegado en menos de tres dias al punto de confluencia con las Amazonas, recorriendo en este breve espacio de tiempo la distancia que Gonzalo Pizarro y su gente habian tardado dos meses en recorrer. Habia visto que el país era completamente diverso de lo que se le habia dicho, y lejos de conseguir auxilios para sus compañeros, apenas habia podido obtener subsistencias para sí mismo. No le habia sido posible volver por donde habia caminado contra la corriente del rio, y el viaje por tierra se le habia presentado bajo un aspecto no menos formidable. En este terrible dilema, una idea iluminó su mente que fue lanzar el barco al rio de las Amazonas y bajar por él hasta su embocadura. De este modo se prometia visitar las ricas y populosas naciones que segun los indios cubrian sus orillas, salir al grande Océano, pasar á las islas inmediatas y volver á España á reclamar la gloria y el galardón del descubrimiento. La idea fue aceptada con entusiasmo por sus negligentes compañeros, que al paso que ansiaban salir de aquella situación penosa, se animaban con la perspectiva de nuevas y sorprendentes aventuras, porque la afición á lo maravilloso era el último sentimiento que se extinguía en el pecho del caballero castellano. Poco se cuidaban de sus desgraciados compañeros, á quienes iban á abandonar en aquellas soledades (1).

No es este el lugar de referir los pormenores de la extraordinaria expedición de Orellana. Su empresa tuvo feliz éxito; pero es maravilloso que se salvara del naufragio en la arriesgada y desconocida navegación de aquel rio. Muchas veces el buque estuvo á punto de ser despedazado entre las rocas y en medio,

(1) La narración de Vargas la confirma el mismo Orellana segun aparece de la real concesión que se le hizo á su vuelta á Castilla. Este documento se ha conservado entero en la colección de manuscritos de Muñoz.

«Haviendo vos ido con ciertos compañeros un rio abajo á buscar comida, con la corriente fuisteis metidos por el dicho rio mas de doscientas leguas, donde no pudisteis dar la buelta é por esta necesidad é por la mucha noticia que tuvisteis de la grandeza á riqueza de la tierra, posponiendo vuestro peligro sin interés ninguno por servir á S. M., os aventurásteis á saber lo que habia en aquellas provincias, é así descubristeis é hallásteis grandes poblaciones.» Capitulación de Orellana, MS.

de las furiosas corrientes (2), y aun tuvo que arrostrar otro peligro mas grande que fueron los ataques de las tribus guerreras que habitaban las orillas del rio. Estas tribus caian sobre la poco numerosa tropa de Orellana siempre que intentaba saltar en tierra, y le seguía en canoas, vigilándole por espacio de muchas millas. Al fin desembocó en el Océano y se dirigió á la isla de Cubagua; desde allí pasó á España, se presentó en la corte y refirió las circunstancias de su viaje, las naciones de amazonas que habia encontrado en las orillas del rio, El Dorado que segun sus noticias existia en las inmediaciones, y otras maravillas, producto de su invención mas bien que de las exageraciones de una crédula fantasía. Los que le escucharon creyeron fácilmente los cuentos del viajero; y en una edad de prodigios, cuando cada dia se iban aclarando nuevos misterios del Oriente y del Occidente, bien puede perdonarse el no haber sabido trazar la verdadera línea entre la novela y la realidad (3).

No encontró, pues, dificultad en obtener la comisión de conquistar y colonizar los reinos que habia descubierto, y en breve se vió á la cabeza de quinientos hombres dispuestos á participar de los peligros y beneficios de la expedición. Pero ni él ni su país debían aprovecharse de ellos. El murió en la travesía, y las tierras regadas por el rio de las Amazonas cayeron en poder de Portugal. El desgraciado navegante no gozó ni aun del honor que todos alcanzaban de dar su nombre á las aguas que descubrieron; solamente tuvo la estéril gloria del descubrimiento, gloria que seguramente no compensa las circunstancias de iniquidad con que se llevó á cabo aquella empresa (4).

Uno de los que acompañaban á Orellana hizo fuerte oposición á sus proyectos como contrarios á las leyes de la humanidad y del honor. Este fue Sanchez de Vargas; y el cruel gefe se vengó de él abandonándole á su suerte en aquella desolada region, donde fue hallado por sus compañeros (5).

(2) Condamine, que en 1744 bajó al rio de las Amazonas, habla con estension de los peligros y dificultades en que se vió envuelto durante su navegación, la cual dice que es demasiado dificultosa para emprenderla sin un diestro piloto. Véase su *Relation abrégée d'un Voyage fait dans l'intérieur de l'Amérique méridionale*. (Maestricht, 1778.)

(3) En tiempos posteriores no ha sido fácil tampoco señalar esta esacta línea con toda la luz de los descubrimientos modernos. Condamine, despues de una cuidadosa investigación considera que hay buenas razones para creer en la existencia de un pueblo de mujeres armadas que habitaron en otro tiempo las orillas del rio de las Amazonas, aunque en la actualidad han desaparecido. Dificil seria probar lo contrario, pero es mas difícil este hecho si se consideran los obstáculos que se oponen á que la tal sociedad de mujeres se perpetuara. *Voyage dans l'Amérique méridionale*, pág. 99 y sig.

(4) «Su crimen está en cierto modo contrabalanceado por la gloria de haberse arriesgado en una navegación cerca de dos mil leguas entre naciones desconocidas en un barco construido de prisa con madera verde, por manos inexpertas, sin provisiones, sin brújula ni piloto.» (Robertson, América, ed. de Londres, 1796.) El historiador de América no tiene en este caso la balanza de la moral con mano tan firme como de costumbre. Segun un moralista no muy severo, no hay triunfo por brillante que sea que pueda canonizar el crimen.

(5) Expedición mas notable que la de Orellana fue la que emprendió y llevó á cabo una delicada mujer, llamada madama Godin, que en 1769 bajó por el rio de las Amazonas en una lancha hasta su embocadura. Acompañáronla siete personas, entre ellas dos hermanos suyos y dos criadas. La lancha naufragó, y madama Godin, habiéndose salvado casi por milagro, intentó con su gente hacer el resto del camino á pie. Vióles á todos perecer unos tras otros de hambre y enfermedad, hasta que quedó sola en aquellos terribles bosques. Todavía, como la Señora en el Comus de Milton, pudo salvarse de tantos peligros; y despues de indecibles padecimientos, habiendo encontrado algunos indios compasivos, fue conducida por ellos á un establecimiento francés. Aunque joven, el terror y los trabajos que sufrió le volvieron el cabello completamente blanco. Una carta de su marido á M. de la Condamine contiene los

Los españoles escucharon con horror la relación de Vargas, y la sangre se les heló en las venas al contemplarse abandonados en aquellas remotas soledades, y privados del único medio de salvación. Hicieron un esfuerzo para proseguir su viaje, siguiendo la márgen del rio; pero al cabo de algunos dias de fatigosa marcha, les faltaron las fuerzas y el ánimo, y se abandonaron á la desesperación.

Entonces fue cuando se manifestaron en todo su brillo las cualidades de Gonzalo Pizarro como gefe el mas á propósito para los casos desesperados y de peligro. Si seguían adelante no tenían esperanza de salvarse; permanecer donde estaban, sin alimento ni ropa, sin defensa contra los animales feroces de los bosques ni contra los indios mas feroces aun, era imposible. Solamente un medio quedaba, y era volver á Quito. Pero la idea de volver á Quito les recordaba todos los trabajos pasados, trabajos que podían muy bien calcular y que apenas podían sufrirse ni aun en la imaginación. Estaban por lo menos á cuatrocientas leguas de distancia de aquella capital, y mas de un año habia transcurrido desde que emprendieran su penosa peregrinación. ¿Cómo arrostrar de nuevo los mismos peligros? (1)

Sin embargo, no habia alternativa. Gonzalo procuró reanimar á su gente hablándoles de la invencible constancia que hasta entonces habian desplegado y exhortándoles á continuar mostrándose dignos del nombre de castellanos. Hízoles presente la gloria que para siempre se granjearían por tan heroica empresa cuando llegasen á su país, y declaró que pensaba llevarles por otro camino donde no podrían menos de encontrar alguna de las abundantes regiones de que tanto se les habia hablado. Algo era ya saber que cada paso que daban les acercaba mas á su patria, y como este era al cabo el único medio de salvación que tenían, debían prepararse á arrostrar como hombres los obstáculos que se les opusieran. Por último les dijo que el espíritu sostenía al cuerpo, y que las dificultades á que se oponía un espíritu firme estaban ya medio vencidas.

Los soldados escucharon con ansia estas palabras de consuelo y de entusiasmo. La confianza en su gefe reemplazó en sus pechos á la desesperación. Conocieron la fuerza de sus razones, y como fiaban en sus promesas, se reanimó en ellos el orgullo del antiguo honor castellano, y todos participaron mas ó menos del generoso entusiasmo de Gonzalo. No desmerecía este por cierto la adhesión que le manifestaban. Desde la primera hora de la expedición se habia impuesto las mismas privaciones que sus soldados. Lejos de prevalerse de su posición, habia igualado su suerte con la de los mas pobres, satisfaciendo las necesidades de los enfermos, reanimando á los débiles, repartiendo sus escasas provisiones con los hambrientos, sufriendo como uno de tantos las fatigas y penalidades de la marcha, y mostrándose siempre tan fiel compañero como buen capitán. Así en aquella hora suprema recogió los frutos de su conducta.

No cansaré á los lectores refiriendo los padecimientos de los españoles en su marcha retrógrada hácia Quito. Tomaron un camino mas al norte que el que habian llevado, y aunque encontraron menos dificultades, padecieron mas porque tenían menos me-

pormenores de esta extraordinaria historia, referidos de un modo tan sencillo y candoroso que atrae nuestra confianza. *Voyage dans l'Amérique méridionale*, pág. 529 y sig.

(1) Garcilasso, Com. Real, parte II, lib. III, cap. V.—Herrera, Hist. general, dec. VI, lib. VIII.—Zárate, Conquista del Perú, lib. VIII, cap. V.—Gomara, Hist. de las Indias, cap. CXLIII.

No es de esperar de unos hombres que vagaban por aquellos lejanos bosques un cómputo esacto del tiempo ni de la distancia, faltos como estábamos de los medios necesarios para hacer observaciones correctas sobre este punto.

dios de vencerlas. Su único alimento eran las escasas frutas que podían recoger en los bosques, ó lo que por fortuna encontraban en algun aduar abandonado, ó lo que por violencia arrancaban de manos de los indios. Algunos enfermaron y murieron en el camino, porque no habia quien les socorriera. El estremo de la miseria les habia hecho egoistas y mas de un pobre soldado se vió abandonado á su suerte, destinado á morir solo en los bosques ó mas probablemente á ser devorado vivo por los animales feroces.

Al fin en junio de 1542 despues de mas de un año consumido en su marcha retrógrada, Gonzalo y su cansada gente llegaron á las elevadas llanuras que se estienden á las inmediaciones de Quito. ¡Pero cuán diferente era su aspecto de aquel con que salieron por las puertas de la capital dos años y medio antes, ostentando sus atavíos militares, su orgullo y sus altas y novelescas esperanzas! Volvian sin caballos; sus armas se habian roto ó tomado; en vez de vestiduras colgaban de sus cuerpos pieles de animales feroces; sus largos y enmarañados cabellos caian en desorden sobre los hombros; sus rostros estaban quemados y ennegrecidos por el sol de los trópicos; sus cuerpos consumidos por el hambre y desfigurados por dolorosas cicatrices; y como si la parte moral hubiera desaparecido, quedaban solo, por decirlo así, la cápsula donde habia estado encerrado el cuerpo, marchaban lentamente, semejantes á una tropa de horribles espectros. De los cuatro mil indios que habian salido en la expedición mas de la mitad habian muerto; y de los españoles solo ochenta, muchos de ellos con achaques incurables, volvieron á Quito (2).

Los pocos habitantes cristianos de aquella capital con sus mujeres é hijos salieron á recibir á sus compatriotas; les proporcionaron todos los alimentos y recursos que estaban en su mano; y al escuchar la triste relación de sus padecimientos mezclaron sus lágrimas con las de los aventureros. Despues todos entraron en la capital, donde su primer acto (sea dicho en honra suya) fue dirigirse en procesion á la iglesia á dar gracias al Omnipotente por su milagrosa conservación en tan largo y peligroso viaje (3). Tal fue el término de la expedición al rio de las Amazonas, expedición que por los riesgos y penalidades que la acompañaron, su larga duración y la constancia con que fueron sufridos, se conserva tal vez libre de toda mancha en los anales de los descubrimientos americanos.

CAPITULO V.

Facción de Almagro.—Su desesperada situación.—Conspiración contra Francisco Pizarro.—Asesinato de Pizarro.—Actos de los conspiradores.—Carácter de Pizarro.

1541.

CUANDO Gonzalo Pizarro llegó á Quito, recibió la noticia de un acontecimiento, que mostraba que su expedición al rio de las Amazonas habia sido mas fatal á sus intereses de lo que él se habia imaginado. Durante su ausencia se habia verificado una revoluc-

(2) Pedro Pizarro, Descub. y Conq. MS.—Zárate, Conquista del Perú, lib. IV, cap. V.—Gomara, Hist. de las Indias, cap. CXLIII.—Garcilasso, Com. Real, parte II, libro III, cap. XV.—Herrera Hist. general, dec. VII, lib. III, cap. XIV.

Este último escritor al terminar la historia de la expedición hace un panegírico del valor y constancia de sus compatriotas, panegírico que es preciso reconocer que era bien merecido.

«Finalmente Gonzalo Pizarro entró en el Quito, triunfando del valor i sufrimiento, i de la constancia, recto é inmutable vigor del ánimo, pues hombres humanos no se hallan haver tanto sufrido, ni padecido tantas desventuras.» Ibid., ubi supra.

(3) Zárate, Conq. del Perú, lib. IV, cap. V.

ción que había cambiado todo el orden de cosas en el Perú.

En uno de los capítulos anteriores hemos visto que cuando Hernando Pizarro volvió á España, su hermano el marques se dirigió á Lima, donde continuó ocupándose en hermosear su capital favorita y en fomentar los intereses generales del país. Estas ocupaciones le hicieron desatender un peligro, que de hora en hora le iba estrechando y del cual hacía menos caso del que le conviniera, á pesar de las repetidas amonestaciones de sus amigos mas circunspectos.

Después de la ejecución de Almagro, sus secuaces, en número de muchos centenares, permanecieron diseminados por el país, pero unidos sin embargo por un sentimiento común de indignación contra los Pizarros, á quienes miraban como asesinos de su jefe. Su odio se dirigía mas bien á Hernando que al



Gonzalo y su cansada gente llegaron á las inmediaciones de Quito.

ria ni al hombre á quien había injuriado; y no queriendo por tanto granjearse la voluntad de los parciales de Almagro, claro era que su política debía consistir en mirarlos como enemigos (y no menores por estar ocultos) y en adoptar las medidas necesarias para evitar que pudieran hacerle ningun daño. Debía, pues, haber seguido el consejo de su prudente hermano Hernando, diseminándolos en diferentes puntos, cuidando de que no se reuniesen muchos en uno, y sobre todo de que no se hallasen en lugar inmediato á su residencia.

Pero despreciaba demasiado á los vencidos partidarios de Almagro para detenerse en tomar medidas de precaución. Permitió al hijo de su rival que permaneciese en Lima, y esta ciudad llegó en breve á ser el punto de reunión de los desafectos. La mayor parte de los soldados de Almagro conocían al joven por haberle visto en las marchas y en los campos al lado de su padre; y muerto este, naturalmente trasladaron su adhesión al hijo que sobrevivía.

Sin embargo, para que el joven Almagro no pudiese mantener este tren de inútiles servidores, le privó Pizarro de una gran parte de sus indios y tierras, y le excluyó el gobierno de la Nueva Toledo,

governador, pues Hernando había sido un instrumento mas activo en la perpetración del hecho. En estas circunstancias, claro es que la política de Pizarro debía haberse propuesto una de dos cosas: ó tratar á los de la facción opuesta como amigos ó como encarnizados enemigos. Con actos de bondad podía haberse atraído á los mas díscolos y con los beneficios presentes haber borrado el recuerdo de las injurias pasadas; en suma, podía haber demostrado que la contienda había sido con su jefe y no con ellos y que en el interes de todos estaba que se acogiesen á su bandera. Esta habría sido la conducta mas política al mismo tiempo que la mas generosa; y aumentando así el número de sus partidarios hubiera robustecido grandemente su poder. Mas por desgracia no tuvo la magnanimidad de seguir semejante conducta. No podía Pizarro por su carácter perdonar una inju-

que le había legado su padre en el testamento (1). Los de Chile, que así continuaban llamándose los partidarios de Almagro, destituidos de todo medio de subsistencia, sin oficio ni empleo de ninguna clase, se vieron reducidos á la mayor miseria. Tan pobres estaban, que segun los escritores de aquel tiempo, doce caballeros que vivían en una misma casa no tenían para todos mas que una sola capa, y con el acostumbrado orgullo del hidalgo pobre, no queriendo dar pública muestra de pobreza, llevaban la capa por turno, y los que no tenían derecho á ella se quedaban en casa (2). Verdadera ó no, la anécdota da á conocer perfectamente el extremo á que había llegado la miseria de los partidarios de Almagro, miseria que hacía mas sensible la altanería de sus enemigos, los cuales enriquecidos con el fruto de sus maldades, ostentaban ante sus ojos con insolente jactancia el lujo y aparato mas propios para mortificar sus sentimientos.

Hombres así acosados por el insulto y la injuria

(1) Carta de Almagro, MS.

(2) Herrera, Historia general, dec. VI, lib. VIII, capítulo VI.

eran demasiado peligrosos para ser considerados como enemigos pequeños. Pero, aunque Pizarro recibió varios avisos para que se precaviese contra sus manejos, no hizo de ellos caso alguno. «¡Pobres diablos! esclamaba hablando con desdeñosa compasión de los hombres de Chile, bastante desgracia tienen: no les molestaremos mas (1).» Y por tan impotentes les tenía, que salía libremente de su casa como de costumbre y paseaba solo á caballo por toda la ciudad y sus inmediaciones (2).

Por entonces llegó á la colonia la noticia de haber nombrado la corona un comisionado para informarse de la situación de los negocios en el Perú. Pizarro, aunque alarmado por estas nuevas, envió órdenes para que fuese bien tratado y se le preparasen en todo el camino los alojamientos correspondientes. Mucho se reanimó con esto el espíritu de los de Almagro, confiando en que aquel alto funcionario les daría satisfacción de sus agravios; y eligieron á dos de ellos para que vestidos de luto fuesen al Norte, donde



Asesinato de Pizarro.

esperaban que el juez desembarcara, y le espusiesen sus quejas en nombre de todos.

Pero pasaron algunos meses y no llegaba noticia alguna de su desembarco. Al fin llegó un buque al puerto y anunció que los mas de la escuadra habían experimentado fuertes borrascas en la costa, y que el comisionado habría perecido probablemente en una de ellas. Fue esta una noticia desconsoladora para los de Chile, cuyas «miserias» para valerme de las palabras de su joven capitán, «habían llegado á ser insufribles (3).» Ya se habían manifestado abiertamente algunos síntomas de desafección. Los altivos caballeros no siempre se quitaban el sombrero al pasar el gobernador, y en una ocasión se encontraron tres sogas pendientes de la horca con carteles al estremo de ellas que contenían los nombres de Pizarro, del juez Velazquez y de Picado, secretario del gobernador (4). Este último funcionario era particular-

mente odioso á Almagro y á los de su bando; porque como Pizarro no sabía leer ni escribir, todas las comunicaciones pasaban por sus manos; y siendo Picado de carácter duro y arrogante, engreído con la importancia que le daba su posición, ejercía una influencia maléfica en las medidas que el gobernador adoptaba. Ridiculizaba abiertamente la pobreza de los partidarios de Almagro, y se vengó del insulto que estos le hicieron pasando á caballo por la casa del joven, desplegando un lujo estravagante en su vestido que resplandecía de oro y plata y llevando en su bonete una inscripción que decía: «Para los de Chile.» Fue esta una burla necia; pero los pobres caballeros que de ella eran objeto, mas susceptibles cuanto

sabía leer ni escribir flávase del y no hacía mas de lo que él le aconsejaba, y así hizo este mucho mal en estos reinos, porque el que no andava á su voluntad sirviéndole, aunque tuviese méritos le destruía, y este Picado fue causa de que los de Chile tomasen mas odio al marquez, por donde le mataron. Porque quería este que todos lo reverenciasen, y los de Chile no hacían caso del, y por esta causa los perseguía está mucho, y así vinieron á hazer lo que hicieron los de Chile. Pedro Pizarro, Descub. y Conq., MS.—Véase tambien á Zárate, Conq. del Perú, lib. IV, cap. VI.

(1) Gomara, Hist. de las Ind., cap. CXLIV.

(2) Garcilaso, Com. Real, parte II, lib. III, cap. IV.

(3) «Sufria, dice Almagro en su carta á la real audiencia de Panamá, mas de lo que mi juicio bastaba.» Véase su carta original, Apéndice, num. XII.

(4) «Hizo Picado el secretario del marquez mucho daño á muchos, porque el marquez don Francisco Pizarro, como no

mas padecian, no tenían la filosofía suficiente para despreciarla (1).

Al fin desanimados por la tardanza de Vaca de Castro, y mas aun por la reciente noticia de su naufragio, no esperando ya alcanzar de una autoridad legítima la reparación de sus agravios, determinaron tomársela por sus propias manos y de uno en otro proyecto vinieron á la desesperada resolución de asesinar á Pizarro. Señalaron para esto el domingo 26 de junio de 1541. Los conjurados, en número de diez y ocho ó veinte, debían reunirse en la casa de Almagro, situada en la plaza mayor cerca de la catedral, y cuando el gobernador volviese de misa salir y aseñar en la calle. Una bandera blanca, desplegada al mismo tiempo desde una alta ventana de la casa, debía servir de señal para que el resto de los conspiradores acudiese en auxilio de los inmediatamente encargados de la ejecución del hecho (1).

Apenas es posible que se ocultase este plan á Almagro, pues que su propia casa debía ser el punto de reunión. Sin embargo, no está probado que se hallase complicado en el complot (3). Era en verdad demasiado jóven para tomar una parte principal en él. Los escritores contemporáneos le representan como mancebo que prometía mucho, aunque por desgracia no estaba colocado en situación favorable para desplegar sus buenas cualidades. Era hijo de una india de Panamá, pero desde muy niño había seguido la vida activa de su padre, á quien se parecía mucho, tanto en el carácter franco y generoso, como en la violencia de sus pasiones. Su juventud é inesperienza le hacían poco á propósito para dirigir á los suyos en las circunstancias difíciles en que se hallaba: así es que no obraba casi nunca por inspiración propia, viniendo á ser poco mas que un maniquí de sus partidarios (4).

El mas sobresaliente de sus consejeros era Juan de Herrada ó Rada, como se decía comunmente, caballero de familia respetable; pero que habiendo sentado plaza de soldado desde muy jóven se había elevado gradualmente á los mas altos puestos del ejército, debiendo solo su elevación á sus talentos militares. En aquella época era ya bastante anciano; pero aun no se había estinguido en su pecho el fuego de la juventud y ardía en deseos de vengar los agravios hechos á su antiguo general. Parecía en cierto modo haber depositado en el hijo la adhesión que siempre había tenido al padre, y segun las apariencias, mas bien en beneficio del jóven Almagro que en el suyo propio, aconsejó el atrevido plan y se preparó para ponerse á la cabeza de los que le habían de ejecutar.

(1) Pedro Pizarro, Descub. y Conq., MS.—Garcilasso, Com. Real, parte II, lib. III, cap. VI.—Herrera, Hist. general, dec. VI, lib. X, cap. II.

(2) Pedro Pizarro, Descub. y Conq., MS.—Montesinos, Annales, MS., año de 1641.—Zárate, Conq. del Perú, libro IV, cap. VI.

(3) Esto parece que está contradicho por la carta del mismo Almagro á la audiencia de Panamá, en la cual dice que él y sus partidarios desesperados con tan intolerables injurias habían resuelto aplicar por sí mismos el remedio entrando en casa del gobernador y apoderándose de su persona. (Véase la carta original, Apéndice núm. XII.) Sin embargo, en las relaciones completas que los escritores nos han dado de estos hechos, no se encuentra el nombre de Almagro entre los que tomaron parte activa en el trágico drama. La carta solo declara que su intento era entrar en la conspiración; pero simplemente para prender á Pizarro, no para matarlo; declaración á la cual no dará mucho crédito el que lea la historia de los sucesos.

(4) «Mancebo virtuoso, i de grande ánimo, i bien enseñado: i especialmente se havia exercitado mucho en cabalgar á caballo, de ambas sillas, lo qual hacia con mucha gracia i destreza; i tambien en escribir i leer, lo qual hacia mas liberalmente, i mejor de lo que requeria su profesion. De este tenia cargo como aio Juan de Herrada.» Zárate, Conq. del Perú, lib. IV, cap. VI.

Entre los conspiradores hubo, sin embargo, uno que sintiendo remordimientos de conciencia por la parte que le tocaba en el hecho, alivió su corazón revelando todo el plan á su confesor. Este, sin pérdida de momento se lo refirió á Picado, el cual comunicó la noticia á Pizarro. Pero, cosa estraña, semejante noticia no hizo mas impresion en el ánimo del gobernador que los demas rumores vagos que habían llegado frecuentemente á sus oídos. «Este clérigo, dijo, obispado quiere (5).» No obstante habló del caso al juez Velazquez, el cual en vez de mandar prender á los conspiradores y adoptar las medidas necesarias para averiguar la verdad, se mostró tan infatuado como Pizarro y le respondió que podía estar sin recelo, pues mientras tuviese la vara de la justicia en la mano, nadie se atreveria á hacerle daño (6). A pesar de tanta confianza, para evitar todo peligro, se juzgó prudente que Pizarro se abstuviese de ir á misa el domingo y permaneciese en casa so pretexto de indisposición.

En el día señalado Rada y sus compañeros se reunieron en casa de Almagro y esperaron con ansia la hora en que el gobernador debía salir á la iglesia. Pero grande fue su consternación cuando supieron que no había salido y que se había quedado en su alojamiento, segun se decía, por estar enfermo. No dudando que se había descubierto la conjuración, creyeron inevitable su ruina, y esto sin gozar del triste consuelo de haber dado el golpe que podían conducirles á ella. En esta perplejidad unos opinaron por dispersarse, esperando que Pizarro estaria ignorante de sus designios; pero la mayoría determinó llevar adelante la conjuración, atacándole en su propia casa. Abrieron, pues, las puertas y salieron gritando á los demas «que les siguiesen ó de lo contrario proclamarían en alta voz el objeto que les había reunido.» No hubo mas vacilación, y todos se precipitaron á la calle con Rada á la cabeza gritando ¡viva el rey! ¡muera el tirano! (7).

Era la hora de comer, que en los primitivos tiempos de las colonias españolas solia hacerse á las doce. Sin embargo, mucha gente atraída por los gritos de los conjurados, salió á la plaza para saber la causa. «Van á matar al marques,» dijeron algunos con frialdad: «es á Picado á quien quieren matar,» replicaron otros; pero ni uno solo salió en su defensa. El poder de Pizarro no había echado raíces en el corazón del pueblo.

A tiempo de atravesar la plaza los conjurados, uno de ellos dió un rodeo para evitar un charco que encontró en el camino. «¡Cómo!» exclamó Rada, ¡vamos á bañarnos en sangre humana y rehusais mojaros los pies en agua!» Y le mandó que se volviera á su casa. La anécdota es significativa (8).

El palacio del gobernador estaba situado en la

(5) «Pues un día antes un sacerdote clérigo llamado Bena fue de noche y avisó á Picado el secretario y dixole: «Mañana domingo cuando el marquez saliere á misa tienen concertado los de Chile de matar al marquez y á vos y á sus amigos. Esto me á dicho vno en confesion para que os venga á avisar.» Pues savido esto Picado se fue luego y lo contó al marquez, y el le respondió: «Ese clérigo obispado quiere.» Pedro Pizarro, Descub. y Conq., MS.

(6) El Juan Velazquez le dijo: «No tema vuestra señoría que mientras yo tuviere esta vara en la mano nadie se atreverá.» Pedro Pizarro, Descub. y Conq., MS.

(7) Herrera, Hist. general, dec. VI, lib. X, cap. VI.—Pedro Pizarro, Descub. y Conq., MS.—Zárate, Conq. del Perú, lib. IV, cap. VIII.—Naharro, Rel. sumaria, MS.—Carta del maestro Martin de Arauco, MS., 15 de julio de 1541.

(8) «Gomez Perez por haber alli agua derramada de una acequia, rodeó algun tanto por no mojarse: reparó en ello Juan de Rada, y entrándose atrevido por el agua le dijo: ¡Vamos á bañarnos en sangre humana y rehusais mojaros los pies en agua? Ea, volveos. Hizolo volver y no asistió al hecho.» Montesinos, Annales, MS., año de 1541.

te opuesta de la plaza. Pasábase á él por dos patios. La entrada del primero estaba protegida por una maciza puerta, capaz de resistir á cien hombres ó mas; pero la habían dejado abierta, y los agresores, lanzándose al patio interior dando su tremendo grito de combate se encontraron en él con dos criados. Mataron á uno y el otro se entró huyendo en la casa y gritando: «¡Socorro, socorro, los de Chile vienen á matar al marques!»

Pizarro estaba á la sazón comiendo, ó lo que es mas probable acababa de comer. Hallábase rodeado de unos cuantos amigos, que despues de misa habían acudido segun parece á informarse del estado de su salud, y algunos de los cuales se habían quedado á comer con él. Entre estos estaban Martinez de Alcántara, hermano de Pizarro por parte de madre, el juez Velazquez, el obispo electo de Quito y varios caballeros principales de Lima hasta el número de quince ó veinte. Algunos, alarmados con los gritos que resonaban en el patio, salieron del comedor y bajaron hasta el primer tramo de la escalera para averiguar la causa. No bien se informaron de ella por las exclamaciones del criado, se retiraron precipitadamente á lo interior de la casa, y no queriendo arrostrar desarmados, ó mal armados como estaban los mas de ellos, la tempestad que amenazaba, se salieron á un corredor y desde allí se descolgaron al jardín sin hacerse el menor daño. Velazquez el juez, para poder hacer uso de las manos en la bajada, se puso la vara de la justicia en la boca, «cuidando así, dice con mucha gracia un cronista antiguo, de no quebrantar la palabra que dió de que no sucederia nada á Pizarro mientras él tuviese la vara de la justicia en la mano (1).

Entre tanto el marques, noticioso del tumulto, mandó á Francisco de Chaves, oficial que poseía toda su confianza y que se hallaba en la antesala, que cerrase la puerta de la escalera, mientras él con su hermano Alcántara se ponían las armaduras. Si esta orden dada con serenidad completa hubiera sido con la misma obediencia, todos se habrían salvado, porque podria haberse guardado fácilmente la entrada aun contra fuerzas superiores, hasta que hubieran llegado auxilios á Pizarro á consecuencia de la relación de los que habían huido. Pero desgraciadamente Chaves, desobedeciendo á su jefe, dejó la puerta entreabierta é intentó entrar en conferencias con los conspiradores. Estos, que habían llegado al final de la escalera, cortaron el debate arrojando por ella á Chaves despues de haberle atravesado el cuerpo de una estocada. Por un momento encontraron resistencia en los sirvientes del muerto; pero en breve se desembarazaron de ellos y penetraron en lo interior gritando: «¡Dónde está el marques? ¡Muera el tirano!»

Martinez de Alcántara, que estaba en la sala inmediata ayudando á su hermano á ponerse la coraza, no bien conoció que los conjurados se habían apoderado de la antesala, salió asistido de dos jóvenes pages de Pizarro y de uno ó dos caballeros de servicio y procuró contener á los agresores. Siguióse á esto un combate desesperado. Diéronse golpes fatales por ambas partes: dos de los conspiradores cayeron muertos en el sitio, y Alcántara y sus valientes compañeros estaban llenos de heridas.

(1) «En lo cual no parece haver quebrantado su palabra, porque despues huyendo (como adelante se dirá) al tiempo que quisieron matar al marques, se hecho de una ventana abajo á la huerta llevando la vara en la boca.» Zárate, Conquista del Perú, lib. IV, cap. VII.—Pedro Pizarro, Descubrimiento y Conq., MS.—Naharro, Relacion sumaria, MS.—Carta del maestro Martin de Arauco, MS.—Carta de fray Vicente de Valverde á la audiencia de Panamá, MS., desde Tumbes, 15 de noviembre de 1541.—Gomara, Hist. de las Indias, cap. CXIV.

Al fin Pizarro, no pudiendo en la precipitación del momento ajustarse las correas de la coraza, la arrojó lejos de sí, y rodeándose la capa al brazo tomó su espada y salió en auxilio de su hermano. Ya era tarde: Alcántara debilitado con la pérdida de sangre cayó muy luego en tierra. Pizarro se precipitó sobre los agresores como un leon sorprendido en su cueva y repartió sus golpes con tal rapidez y fuerza, como si la edad no tuviese poder para endurecer sus miembros. «¡Cómo! gritó, traidores ¿habeis venido á matarme en mi propia casa? Los conspiradores retrocedieron un momento al ver caer á dos de ellos bajo la espada de Pizarro; pero en breve se reanimaron y validos de sus superiores fuerzas se batian con gran ventaja relevándose unos á otros en el ataque. El aposento en que peleaban era estrecho y el combate había durado ya bastantes minutos cuando los dos pages de Pizarro cayeron á su lado. Entonces Rada impaciente exclamó: «¡Qué tardanza es esta! ¡Acabemos con el tirano!» Y cogiendo en brazos á uno de sus compañeros llamado Narvaez, le arrojó contra el marques. Pizarro en el mismo instante se agarró con él y le atravesó con su espada; pero en aquel momento recibió una herida en la garganta, titubeó y cayó al suelo mientras Rada y los demas conspiradores le hundían sus espadas en el cuerpo. «¡Jesus!» exclamó el moribundo, y trazando con el dedo una cruz en el sangriento suelo inclinó la cabeza para besarla. Entonces un golpe mas benigno que los demas puso fin á su existencia (2).

Los conspiradores, consumada la catástrofe, salieron corriendo á la calle y blandiendo sus sangrientas armas gritaron: «¡Ya es muerto el tirano: las leyes están restablecidas: viva el rey nuestro señor y su gobernador Almagro!» Los de Chile atraídos por gritos que les eran tan agradables salieron de todas partes á unirse á la bantera de Rada, el cual se halló en breve á la cabeza de cerca de trescientos hombres, todos armados y preparados á sostener su autoridad. Establecióse guardia en las casas de los principales partidarios del difunto gobernador y sus personas fueron reducidas á prision. La casa de Pizarro y la de su secretario Picado fueron entregadas al pillaje, y en la del primero encontraron los conspiradores abundante botín en oro y plata. Picado se refugió en casa del tesorero Riquelme; pero descubierta su retiro, segun algunos por las miradas, si no por las palabras del mismo tesorero, le sacaron de él y le pusieron en prision segura (3). Toda la ciudad

(2) Zárate, Conq. del Perú, lib. IV, cap. VIII.—Naharro, Relacion sumaria, MS.—Pedro Pizarro, Descub. y Conquista, MS.—Herrera, Hist. general, dec. VI, lib. X, cap. VI.—Carta de la justicia y regimiento de la ciudad de los Reyes, MS., 15 de julio de 1541.—Carta del maestro Martin de Arauco, MS.—Carta de fray Vicente de Valverde desde Tumbes, MS.—Gomara, Historia de las Indias, ubi supra. Montesinos, Annales, MS., año de 1541.

Pizarro y Orellana parece no tener duda de que su pariente murió en olor de santidad. «Allí le acabaron los traidores enemigos, dándole cruellísimas heridas, con que acabó el Julio César español, estando tan en sí, que pidiendo confesion con gran acto de contricion, haziendo la señal de la cruz con su misma sangre y besándola murió.» Varones ilustres, página 186.

Segun un escritor, el golpe mortal se le dió un soldado llamado Borregan, el cual cuando Pizarro estaba en el suelo, le dió en la parte posterior de la cabeza con una jarra que tomó de la mesa. (Herrera, Hist. general, dec. VI, lib. X, cap. VI.) Es estraordinario como, á pesar del tumulto y confusión de la escena, concuerdan entre sí las diferentes relaciones de esta catástrofe, si bien difieren en algunos pormenores de poca monta.

(3) «No se olvidaron de buscar á Antonio Picado, y iendo en casa del tesorero Alonso Riquelme, él mismo iba diciendo: «No sé adonde está el señor Picado,» y con los ojos le mostraba, i le hallaron debajo de la cama.» Herrera, Historia general, dec. VI, lib. X, cap. VII.

Poco despues de este suceso encontramos el nombre de